

CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS
ACERCA DE UNA DISCIPLINA EMERGENTE
EN ARGENTINA:
LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

FACUNDO GÓMEZ ROMERO*
VICTORIA PEDROTTA**

*« This paper is a plea for historical archaeologists
to make more use of documentary evidence »
(Stone, G.W., 1988, Artifacts are not enough)*

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es analizar en forma sintética algunas de las diferentes orientaciones que han adoptado las investigaciones dentro del campo de la arqueología histórica en las últimas décadas, centrándonos principalmente en la forma en que participan del proceso de investigación las fuentes históricas y etnohistóricas.

Consideramos que es necesario discutir las diferentes posturas, apuntando a establecer la forma en que cada una de ellas articula disciplinas como la historia y

-
- * P.R.E.A.P.A. (Programa de Estudios Arqueológicos del Partido de Azul) Secretaria de Cultura. Municipalidad de Azul. Pcia. de Bs.As. - A.I.A. (Asociación de Investigaciones Antropológicas).
 - ** P.R.E.A.P.A. (Programa de Estudios Arqueológicos del Partido de Azul) Secretaria de Cultura. Municipalidad de Azul. Pcia. de Bs.As.

etnohistoria en el proceso de investigación arqueológica y tratando de centrar el análisis en los distintos roles asignados a la información proveniente de las mismas. La puesta en escena de esta temática nos parece especialmente relevante dado el impulso que han cobrado las investigaciones de arqueología histórica en los últimos años en el país.

Explicitaremos y comentaremos nuestro punto de vista al respecto, y a partir de la experiencia de trabajo en un sitio arqueológico -un fortín del siglo XIX- en la provincia de Buenos Aires, consideraremos algunas de las implicancias que tienen las diferentes posturas en el desarrollo de una investigación particular.

ARQUEOLOGÍA E HISTORIA: DIÁLOGO FLUIDO Y ESQUIVOS MANIFIESTOS, EL CASO DEL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

El Nuevo Mundo

El desarrollo de la arqueología histórica en los Estados Unidos ha sido ampliamente tratado por diversos autores y es objeto de una obra de síntesis recientemente publicada por South (1994). En este artículo consideraremos los momentos en que se consolidó como disciplina y algunos aspectos de su desarrollo posterior.

A partir de las décadas de 1930 y 1940, los arqueólogos norteamericanos comenzaron a tener una participación importante en las investigaciones en sitios históricos, las que hasta entonces habían sido efectuadas por personas provenientes de variadas disciplinas, guiadas por objetivos vinculados con las reconstrucciones arquitectónicas, la recuperación y clasificación de objetos o la necesidad de ajustar o completar reconstrucciones históricas (Deagan 1982, Deetz 1988, Noble 1996, South 1978, Stone 1974). En la década del '60 se efectuó su reconocimiento formal como disciplina con el establecimiento de «The Conference on Historic Sites Archaeology» y de la «Society for Historical Archaeology». Durante esta década en la arqueología norteamericana se produjo el surgimiento de la corriente ampliamente conocida como «new archaeology» (ver Binford 1962b, 1989; Flannery 1972; Schiffer 1972, 1976, 1987; entre otros), muchos de cuyos principales postulados tuvieron gran influencia -en cierto aspecto nociva- sobre la emergente arqueología histórica y su llamada «crisis de identidad».

Los debates sobre la definición de los objetivos y la metodología que debían primar en la arqueología histórica ocuparon varios volúmenes de «The Conference on Historic Site Archaeology Papers» de aquellos años; sin embargo, el punto importante es que estas discusiones no tuvieron como resultado la conformación de una perspectiva homogénea, sino que el desarrollo posterior se caracterizó por la presencia de diversas

líneas de investigación que consideraban la utilización de los registros escritos desde enfoques diferentes. Algunos arqueólogos históricos, por ejemplo South (1977a, 1977b, 1978), que adhirieron a los preceptos de la «nueva arqueología», adoptaron inicialmente una postura que otorgaba un rol secundario a los documentos históricos y etnohistóricos, en parte como reacción a frecuentes abusos en la utilización de la analogía histórica directa (Charlton 1981) en la interpretación arqueológica por parte de los arqueólogos «tradicionales».

Sin embargo, lo referido anteriormente no es suficiente para justificar la dicotomía tajante entre antropología e historia pregonada por gran parte de los «nuevos arqueólogos», quienes consideraban que la búsqueda de generalizaciones garantizaba el carácter «científico» de la antropología -y de la arqueología- por contraposición a perspectivas que peyorativamente denominaban «particularistas» y según esta óptica no tenían estatus científico, como la historia (Binford 1962a, 1972a, 1983; Cleland y Fitting 1968). Inclusive, autores como Trigger sostienen que este carácter ahistórico marcó en gran medida el desarrollo de la arqueología dentro de los Estados Unidos, ya que «los hallazgos arqueológicos reforzaban la creencia en que solamente la gente de origen europeo era suficientemente progresista para merecer estudio histórico, en tanto los indios -junto con otros 'pueblos sin historia'- se tornaban tema de la antropología (Wolf, 1982). Por lo tanto, la arqueología prehistórica se estableció en América del Norte como rama de la antropología, claramente separada de la historia americana que registraba la crónica de la ocupación europea del continente» (Trigger 1989:22).

Binford fue uno de los principales defensores del enfoque antropológico como opuesto a la visión particularista de la historia. Las raíces de esta postura probablemente se encuentren en el pensamiento de L. White, quien además de atribuir explícitamente un carácter no científico a la historia, ostentaba una visión, al menos pobre y obsoleta, de la misma: «There is a widely held view in contemporary anthropology according to which there are two, and only two, kinds of interpretative studies of culture: the 'historical' and the 'scientific'. Historical studies, according to this view, are those which deal with chronological sequences of unique events»¹ (White 1945: 221 citado en Walker 1972). No deja de ser llamativa la insistencia de Binford en sostener esta dicotomía falaz cuando insiste en: «Anthropologists smugly displaying their scorn of historians must stop working as historians and start working as scientists to meet the need for valid general propositions»² (Binford 1972b: 122 citado en Walker 1972). Su breve incursión en la arqueología histórica -el desarrollo de un método para la clasificación de pipas de caolin- además de evidenciar un desconocimiento profundo del desarrollo moderno de enfoques de gran potencial dentro de la historia, dejó en claro lo simplistas que pueden resultar las interpretaciones «puramente arqueológicas» cuando se trabaja en estos contextos (ver críticas en Walker 1972).

Resulta evidente la resistencia de muchos de los arqueólogos norteamericanos a vincularse con la historia cuando no han tenido ningún prurito epistemológico en relacionarse con disciplinas tales como la ecología o la biología; y en este contexto es comprensible cierto «descuido» inicial hacia los factores sociales por parte de los «nuevos arqueólogos». En sociedades complejas (desarrolladas tanto en momentos prehistóricos como históricos) las normas sociales que rigen estrictamente el comportamiento humano tienen un gran peso en todas las acciones de los individuos, por lo que el conocimiento del contexto histórico-social es fundamental e insoslayable. Al respecto, consideramos lo expresado en Argelés *et al.* (1995: 502): «Mientras que todos los otros seres vivos cuando actúan, individual o conjuntamente, están reproduciendo en su actividad la conducta de su especie, biológicamente determinada, en la actividad humana, aunque sea la de una sola persona, se reproduce la conducta del grupo al que histórica y socialmente se encuentra asociada. Por eso, las huellas o consecuencias materiales de la actividad de un animal dado corresponden a las de su especie, en tanto que las **consecuencias de la actividad humana varían según el grupo social o población que las genera, de acuerdo a su condición histórica**» (el énfasis es nuestro).

El prejuicio antihistórico característico de la «nueva arqueología» norteamericana (comentado en Earle y Preucel 1987, Fletcher 1993, Knapp 1993, Lamberg-Karlovsky 1989, Patterson 1990, Smith 1993, Trigger 1982, 1989, 1992), influyó notablemente el debate que envolvió a la naciente arqueología histórica en los 60'. En consecuencia, una de las posturas que surgieron de este debate -entre las tres que distingue actualmente Orser (1996)- pugna por una arqueología histórica «antropológica», relegada a la función de laboratorio donde se experimente con conceptos y modelos para ser aplicados posteriormente en arqueología prehistórica o a la función de proveerle «cautionary tales». En contraposición a esta postura, autores como Noël Hume (1964) propugnan otorgar un papel preponderante a la historia, que es tomada como el eje principal de las investigaciones en las cuales los arqueólogos aportarían detalles o datos sobre pequeños aspectos no asequibles para los historiadores. Finalmente, existe una tercer postura que considera a la arqueología histórica como una disciplina en la cual confluyen la antropología y la historia, y que reconoce la necesidad de la interacción entre la información proveniente de ambas al abordar los complejos fenómenos de los que intenta dar cuenta.

Creemos que la emergencia de esta disciplina en nuestro país no necesariamente debe atravesar las mismas etapas ni sufrir la «crisis de identidad» que signó su consolidación en Estados Unidos: discusión que, según autores como Orser (1996) tuvo como efecto «to retard the theoretical maturation of historical archaeology»³. Nos parece más adecuado considerar que la arqueología histórica es un campo de investigación con

problemáticas específicas. que en su desarrollo científico se nutre de diversas disciplinas. entre las que indudablemente se encuentran tanto la antropología como la historia. Pero sin que sea «handmaiden to history», ni «handmaiden to anthropology». Tampoco «handmaiden to prehistory», como lo han planteado certeramente Deagan (1982) y Little (1994); tal como lo señala Trigger (1989) «la interpretación histórica y la generalización evolucionista no son enfoques antitéticos, sino que por el contrario pueden darse en arqueología simultáneamente y con provecho mutuo».

Es pertinente mencionar aquí la amplia gama de investigaciones que se han desarrollado en los Estados Unidos y Canadá durante la última década, muchas de las cuales toman como eje el análisis de la expansión capitalista que marcó un punto de inflexión en la historia americana. En efecto, en torno a él se pueden articular una serie de fenómenos, tales como procesos de expansión mercantilista, colonización, aculturación, conflictos interétnicos -entre poblaciones europeas, euroamericanas, africanas, asiáticas y aborígenes americanos-, y se pueden abordar aspectos ideológicos, de dominación, conflictos sociales, etc. (una reseña completa del panorama actual de la disciplina puede encontrarse en Little 1994).

Una vez realizado el intento de explicar el por qué de este rechazo a la historia por parte de los «nuevos arqueólogos» norteamericanos, es interesante discutir que este fenómeno no ha sucedido en otros países, como en Inglaterra o Francia, y otras partes del viejo mundo.

El Viejo Mundo

En este artículo nos limitaremos a mencionar sintéticamente algunos elementos distintivos que caracterizan esta problemática en Europa -especialmente en Gran Bretaña y Francia- destacando sólo ciertos aspectos que consideramos relevantes, sin pretender hacer un análisis exhaustivo del desarrollo de la «arqueología histórica» en ese continente. El entrecomillado anterior obedece al hecho de ser este término una creación norteamericana (con las discusiones y polémicas mencionadas que hicieron a su definición). mientras que en Europa no es considerada la «arqueología histórica» como una área de investigación con entidad propia (no existen publicaciones, congresos, reuniones científicas, centros de investigación, departamentos dentro de las universidades, etc., que usen esa denominación). En distintas partes del citado continente se toman como criterio etapas de desarrollo histórico -cada una con sus características específicas- para diferenciar y denominar los subcampos de investigación dentro de la arqueología: arqueología prehistórica, arqueología clásica, arqueología medieval, arqueología post-medieval, arqueología industrial, etc.

La distinción anterior no se restringe a un problema semántico, tiene raíces históricas profundas que marcaron el desarrollo de la arqueología en las diferentes regiones (Hodder 1991). Si utilizamos una sola palabra para caracterizar el desarrollo en Europa, esta sería sin duda: continuidad. Esta continuidad opera en dos sentidos, por un lado la historia contemporánea europea exhibe un alto grado de autonomía y ejes de desarrollo internos relativamente independientes, por contraposición a la historia reciente americana signada por el contacto producido a partir de 1492 (que funcionó como una bisagra a partir de la cual el desarrollo histórico propio quedó irremediamente ligado a procesos de origen extra-americano). La continuidad se expresa, por otro lado, en la conciencia sobre el propio origen, los europeos reconocen como antecesores a distintos pueblos (galos, celtas, iberos, etc.) que los precedieron, asumiendo un grado importante de continuidad histórica, la que se remonta muy atrás en el tiempo en algunos casos (pueden citarse como ejemplos, el conocido fiasco del cráneo de Piltdown que fue presentado a la sociedad como «el primer inglés» y el hallazgo del cráneo de Swanscombe que fue atribuido al «primer europeo»). Los esfuerzos por organizar sistemáticamente las evidencias sobre el pasado y los estudios acerca de los procesos de etnogénesis de los diferentes pueblos, han sido impulsores del desarrollo de la arqueología europea (Champion *et al.* 1988; Hodder 1991).

Esta conjunción de elementos jugó un papel en el desarrollo de los estudios sobre el pasado europeo y ayuda a explicar la forma no traumática en que se produjo el alineamiento de la arqueología con las disciplinas históricas y que su separación en subáreas no haya generado las polémicas que signan el caso americano. Un elemento adicional a esta línea argumental se encuentra en Deagan, quien al mencionar los contrastes en el desarrollo de esta disciplina en Estados Unidos respecto de Europa, señala «The strict separation of history from prehistory is in contrast to the attitudes of many archaeologists trained in Europe (cf. Noël Hume 1969). Probably due in part to the more gradual and variable spread of literacy in the Old World, many European archaeologists do not use a specific point in time or even the presence of documents, to differentiate between history and prehistory»⁴ (Deagan 1982:154).

Uno de los referentes teóricos de la arqueología británica, D. L. Clarke ha otorgado especial énfasis al rol que deben tener los datos escritos en la interpretación arqueológica y ha insistido en lo yermo que para esta última resulta separar la evidencia documental y la evidencia arqueológica como campos exclusivos de la historia y la arqueología respectivamente. Este autor sostiene que «The severe problems and tactical advantages which arise from integrating archaeological and historical evidence emerge as no more and no less than those arising between archaeological and physical, chemical, biological and geographical evidence. Indeed, work in text-aided contexts will increasingly provide

vital experiments in which purely archaeological data may be controlled by documentary data, bearing in mind the inherent biases of both»⁵ (Clarke 1973:18). Por otra parte, varios autores afirman que esta perspectiva integradora tiene una larga data en el viejo mundo: «the relevance of history to archaeology is nothing new to archaeologists in Britain and Europe, where the two pursuits have long-standing disciplinary ties»⁶ (Smith 1993:24).

En nuestro país ha resultado muy escasa la absorción/aceptación de corrientes teórico-metodológicas provenientes de Gran Bretaña, en contraposición a lo sucedido con posturas de origen norteamericano como la «nueva arqueología»; coincidimos con Politis (1995:225) quien atribuye este fenómeno a que «the United States strengthened its position in the continent and played a hegemonic role after World War II. This is reflected to some extent by the easy and sometimes uncritical adoption of theories and methods from the central powers during this time.... The 1970s and 1980s was a time of broad expansion of theoretical and methodological discussion in both the United States and the United Kingdom, although British debate was less influential for three main reasons. First, the discussion involved only a few British processual archaeologists {e.g.: D. Clarke (1968, 1972), C. Renfrew (1982)} and was less intense in the United Kingdom during the 1970s. Second, British case studies and examples were generally not applicable in the South American context, while North American ones were more closely relevant. Third, the United Kingdom exercised little political and economic influence in South America at this time»⁷. La segunda de las razones enumeradas por el autor se aplica al caso de la arqueología histórica, y como ejemplo podemos mencionar ciertos paralelismos entre las etapas de expansión territorial articulada mediante un sistema de fronteras relativamente móviles que caracterizó la «Conquista del Oeste» y la «Conquista del Desierto» en Estados Unidos y Argentina respectivamente, a expensas del exterminio casi total de la población aborígen.

Queremos mencionar brevemente una corriente dentro del análisis histórico originada en Francia con la fundación de la revista *Annales* por L. Febvre y M. Bloch en 1929, que consideramos sumamente fructífera y de enorme potencial para atacar la variabilidad de los procesos del pasado. Esta postura surge como una posición crítica a la historiografía positivista, la cual busca establecer relaciones de tipo causa-efecto, a partir de reseñar acontecimientos considerados como verdaderos hitos -la fecha de determinada batalla o la del nacimiento de un rey- en base a los cuales se intentan explicar los procesos históricos. Para los historiadores de *Annales*, el investigador no debe captar a un hombre aislado, desligado de sus contemporáneos, sino la «psicología colectiva», la atmósfera de la época; para lo cual interesan los hechos políticos, económicos, religiosos, artísticos, filosóficos y científicos. Para esta corriente historiográfica la ciencia histórica se hace y se rehace continuamente, la obra del historiador es esencialmente

variable y sus conclusiones contingentes; de esta manera, nunca se tienen convicciones absolutas con relación a los hechos históricos (para una caracterización detallada ver Burke 1993). Esta corriente dentro de la historia tuvo gran repercusión y desarrollo en otros países de Europa y recientemente se ha planteado su aplicabilidad en diversas investigaciones arqueológicas (ver, por ejemplo Feinman 1997, Kelly 1997, Knapp 1993, Thurston 1997). El enfoque que propugnan los *Annales* es holístico, apunta a la integración de una amplia base de datos provenientes de distintas disciplinas como geografía, ecología, economía, sociología, antropología, historia del arte y psicología; busca articular investigaciones interdisciplinarias que incorporen múltiples líneas de evidencia, dentro de las cuales los documentos escritos y los vestigios materiales juegan un papel principal. Knapp (1993:XV) señala: «In the study of past politic-economic or sociocultural processes, it is important to create a dialogue between material and written evidence, neither of which logically superseeds the other. In this regard, Annales-oriented research has been exemplary in its attempts to combine material, documentary, and theoretical approaches to the past into a single human science approach»⁸.

Uno de los aportes principales de esta corriente es la noción de que los eventos históricos adquieren significación dentro de un contexto espacial amplio y que sus coordenadas temporales pueden entenderse utilizando una escala jerárquica de ritmos históricos diferentes. La premisa de que existen diversos procesos que operan en escalas de tiempo distintas, llevó a la necesidad de crear herramientas conceptuales para poder dar cuenta adecuada de los fenómenos históricos y fue Braudel quien propuso tres categorías, conocidas como los tres «tiempos de la historia», que fueron ampliamente utilizadas. Dichas categorías se caracterizan básicamente como *la longue durée*, que abarca escalas de cientos o miles de años, descrita como «historia estructural» o «macrohistoria», en la cual los principales factores que actúan son de indole ambiental y biológica, conjuntamente con las relaciones sociales. La historia social o *la conjuncture*, que abarca ciclos de procesos socio-económicos a mediano plazo -décadas- e involucra, por ejemplo, cambios demográficos, guerras, ciclos de crecimiento industrial y desarrollo económico, etc. Finalmente, los eventos o *l'histoire événementielle*, que da cuenta de episodios en los que tienen gran peso los factores psicológicos, ideológicos, religiosos, culturales, etc., vinculados tradicionalmente con la historia narrativa. De esta forma, diferentes variables van a ser relevantes según la escala del proceso que se este estudiando. La aplicación de estas categorías es plausible en la arqueología. Smith (1993) y Fletcher (1993) consideran y discuten esta posibilidad, que creemos provechosa. La elucubración y el desarrollo de las citadas escalas temporales realizada por Braudel constituyen el punto de vista de un historiador consustanciado con la necesidad de un enfoque interdisciplinario para abordar cuestiones relativas al pasado humano. Esta postura, decididamente tiene poco que ver con la imagen distorsionada y alejada de la

realidad contemporánea de la historia como ciencia pergeñada por la «nueva arqueología» norteamericana.

NUESTRA PERSPECTIVA

El objeto de conocimiento de la arqueología es el comportamiento y la evolución del hombre en su multiplicidad, enfatizando en los procesos sociales y culturales que la caracterizaron -desde los orígenes de la humanidad hasta tiempos recientes- en el pasado. ¿Hay un punto en el tiempo en que termine el campo de estudio de la arqueología? ¿Es necesario que las poblaciones que estudia no existan en la actualidad? Generalmente, el estudio de pueblos o grupos sociales extintos (muchos de los cuales se ubican en períodos temporales imposibles de abordar desde la historia que trabaja con fuentes escritas) ha constituido el objeto de estudio predominante, pero de ninguna manera las investigaciones arqueológicas se han restringido únicamente a ellos. Por otra parte, los procesos de adopción de la escritura han sido múltiples y enormemente variables (incluso actualmente) y no pueden establecerse momentos globales que marquen los límites entre los períodos prehistóricos y los históricos; cuya operacionalización y utilidad, por otra parte, son más que discutibles y no son relevantes en función de los aspectos que nos interesa plantear en este artículo.

El rango temporal que puede abordar la arqueología tiene una escala considerablemente mayor que el de la historia que trabaja con fuentes escritas, la que está acotada a un lapso comparativamente menor; en cierta forma, por definición, la historia tiende a tratar desarrollos más puntuales y acotados, mientras que la arqueología puede manejar procesos que ocurran en escalas mayores (decenas y centenas de miles de años). Lo anterior no implica que la arqueología no pueda tratar con problemáticas que tuvieron una duración bastante acotada, o incluso que no pueda tratar con lapsos de tiempo mínimos, como episodios de caza o de talla.

En sociedades complejas, como muchas de las que son estudiadas por la arqueología histórica, crece la diversidad de los factores sociales y por lo tanto deben manejarse mayor cantidad de variables que las que intervienen en problemáticas de cazadores-recolectores. Tomemos como ejemplo las guarniciones que tuvieron los fortines de la provincia de Buenos Aires del siglo XIX, en donde convergieron individuos provenientes de diferentes grupos sociales (los gauchos que fueron «enganchados» por el sistema de leva, los grupos de extranjeros que formaban parte del ejército, la oficialidad formada en Buenos Aires, las distintas facciones aborígenes, etc.) con características culturales propias, con diferentes pautas de comportamiento que pueden reflejarse en

el registro arqueológico. Dificilmente, observaremos esta variabilidad en un registro proveniente de un campamento de cazadores-recolectores. Es indudable que cada uno de estos fenómenos evidencian procesos que involucran la interrelación de diferentes variables y tienen su propia complejidad, pero si estableciéramos una gradación entre ambos, es claro que la primer situación es de una complejidad muy superior a la segunda debido a la mayor cantidad de variables involucradas.

La arqueología comparte con la historia su objeto de conocimiento, que es en definitiva, el pasado de la humanidad. Las diferencias no se dan en la naturaleza de los procesos que ambas intentan explicar, ya que todos son procesos sociales que pueden ser abordados con distintos grados de generalidad, particularidad y especificidad por ambas ciencias. Es el método el que las caracteriza. Para comprender y explicar el pasado humano la historia utiliza documentos escritos -editados e inéditos-, fuentes monumentales, tradición oral, iconografía, etc.; la arqueología basa su interpretación en el análisis de los restos materiales resultantes de las actividades del hombre en el pasado. Estas actividades «no son inmutables sino que cambian históricamente. Por ello, los restos arqueológicos constituyen indicadores sensibles de los cambios históricos y son usados por los arqueólogos para la reconstrucción histórica», como lo señala Vargas Arenas (1995:8). Desconocer o negar el carácter histórico de los objetos que conforman el registro arqueológico puede llevar a interpretaciones marcadamente simplistas y -lo que es más grave- de manifiesto tinte ahistórico. Minimizar la importancia del conocimiento cabal del contexto histórico, que no sólo enmarca la problemática que estudiamos a través del registro arqueológico, sino que le da sentido y la explica, limitará seriamente las inferencias que podamos realizar acerca del mismo (presentaremos más adelante algunos ejemplos con parte de la evidencia del fortín Miñana).

Consideramos que la arqueología histórica no debe utilizar los mismos enfoques ni las mismas estrategias de acercamiento a un fenómeno que la arqueología prehistórica y que no es fructífera la transpolación directa de categorías y conceptos desde ésta última a la primera. Las investigaciones de arqueología histórica tratan indefectiblemente con variables intervinientes en sistemas muy refinados de relaciones humanas en los cuales los factores económicos, sociales y políticos tienen un peso determinante. Es relevante lo manifestado en este sentido por Beaudry (1988:1) «Most prehistorians deal with totally different categories of phenomena than do historical archaeologists: the historical period in the New World presents the researcher with an elaborate array of complex pre-industrial and industrial cultures whose transportation, communication, and exchange networks were global in scope. Even the most large and complex prehistoric societies could not be described in such terms...the two disciplines require, for the most part, different research strategies»⁹.

Las fuentes escritas -tanto históricas como etnohistóricas- tienen un rol fundamental en las investigaciones de este tipo, siendo su uso recurrentemente enfatizado por diversos autores; por ejemplo, Albuquerque (1996) considera que son muy valiosos en el análisis de los objetos materiales, ya que «tratando-se de material oriundo de una sociedade complexa, a variedade deste material assume proporções incomensuráveis (...) para que possamos extrair o máximo de informações possíveis destes vestígios materiais da cultura, temos que proceder uma análise minuciosa de toda esta documentação». No obstante, el estudio de los datos escritos no debe restringirse a su utilización como fuentes generadoras de hipótesis que luego serían contrastadas con los datos arqueológicos, como se propone desde la perspectiva neo-positivista de la «nueva arqueología» y ha sido el rol asignado recientemente en investigaciones de arqueología histórica en nuestro país (Zarankin 1994, Goñi y Madrid 1998).

El papel que juegan los documentos escritos en la *praxis* de la investigación es equiparable al de los vestigios arqueológicos, ya que ambos constituyen «datos» en tanto son construcciones conceptuales: el «registro arqueológico» y «el registro escrito», y ambos son elaboradas indefectiblemente a partir de objetos empíricos y en función de determinados objetivos, problemas y procedimientos de investigación. Tal como lo señala Ferguson (1977:7) «Nor is the structure of phenomena as interpreted through history necessarily more valid than the structure observed and interpreted by the archaeologist»¹⁰. Ambos «datos», los históricos y los arqueológicos, deben ser sometidos a crítica y contrastación. Por lo tanto, no hay fundamentos para colocar al registro arqueológico como «juez último» (Goñi y Madrid 1998:70) por encima del registro histórico, ni para sustentar la «sumisión de la información histórica a la información arqueológica» (Zarankin 1994:34) y negarle un papel en el proceso de validación de hipótesis al registro histórico. Consideramos más fructífero el manejo de ambos tipos de datos, tanto en los contextos de descubrimiento como de validación, jugando alternativamente con ellos. No hay inconvenientes metodológicos en el uso alternativo de la información histórica, etnohistórica y arqueológica, siempre y cuando los procedimientos de contrastación se efectúen con datos independientes y las hipótesis no sean validadas con los mismos datos a partir de los cuales se originaron. Al respecto, señala Stone (1988:68) «Often documents provide the means for archaeologists to test hypotheses derived from excavated data: excavated data may provide the means for historians to test hypotheses derived from documents»¹¹. En definitiva, creemos que los datos históricos y etnohistóricos deben ser usados también para sustentar y apoyar las inferencias, deben participar en los mecanismos de contrastación de hipótesis y que indudablemente tienen un gran peso explicativo, cuya negación redundaría en el empobrecimiento de los resultados.

Por otra parte, ambos registros (el histórico y el arqueológico) son elaborados también en función de problemáticas sociales, económicas y políticas específicas que influyen en el contexto de producción de todo el conocimiento científico. La imagen del científico aislado y del conocimiento producido en condiciones de «asepsia» como modelos de ciencia posible fue uno de los «legados» de la Nueva Arqueología (adoptado a su vez del positivismo del siglo XIX), un enfoque epistemológico que aparenta desconocer que tanto la arqueología como la historia -al igual que las otras ciencias- efectivamente producen conocimiento, pero que éste es contingente e inevitablemente lleva el sesgo de las condiciones históricas en las que fue desarrollado y de múltiples variables (que van desde las modas en los ámbitos académicos, hasta intereses económicos e ideológicos desde sectores de poder).

Del párrafo anterior no debe desprenderse que pugnemos por un enfoque relativista extremo con relación al conocimiento científico o que consideremos que el mismo se reduce a «interpretaciones» de los fenómenos igualmente válidas (como ha sido planteado por algunas corrientes arqueológicas post-procesuales actuales). Por el contrario, consideramos que la reflexión crítica sobre las condiciones de producción del conocimiento debería ayudar al investigador a atenuar la influencia de éstas y que a través de los procedimientos de contrastación de hipótesis es posible alcanzar interpretaciones y explicaciones de los fenómenos cada vez más ajustadas.

El análisis de los registros escritos debe ser efectuado -al menos- por arqueólogos y por historiadores, cuya tarea en conjunto sirve para mitigar la peculiaridad de intereses que ambos detentan, en función de objetivos comunes. Es frecuente (al igual que ocurre con la etnografía clásica) que los aspectos vinculados con las actividades cotidianas, consumo, limpieza, etc., que tienen implicancias sobre el registro arqueológico, no estén descritas en los trabajos de los historiadores; de ahí la necesidad del análisis directo de las fuentes por un arqueólogo. Debemos considerar aquí la índole marcadamente fragmentaria de los documentos escritos, ya que generalmente han sido los representantes de los sectores dominantes los que han plasmado su visión de la época para el futuro, la que como toda idiosincracia particular se encontrará viciada con intereses, valoraciones y prejuicios propios de su clase y posición social. Esto ha sido claramente palpable, en las investigaciones de arqueología histórica desarrolladas en las plantaciones de esclavos en el sur de los Estados Unidos, para las cuales los registros escritos reflejan en el espejo de la historia la imagen del segmento hegemónico (los blancos latifundistas), que a través de los datos arqueológicos pudo ser contrastada y reformulada. La importancia de la arqueología, en estos casos, reside en su potencial para relatar la historia de estos grupos "sin historia": los marginados, los dominados, los pueblos exterminados, las minorías (ver Deagan 1982, Fairbanks 1984, Lightfoot 1995, Little 1994, Orser 1988, Otto 1977, Schuyler 1980, Singleton 1985, Smith 1991, entre otros).

Consideramos que es necesario establecer explícitamente un posicionamiento teórico-metodológico con relación a la arqueología histórica, aspecto que no ha sido considerado -salvo excepciones recientes (Goñi y Madrid 1998, Senatore 1995, Zarankin 1994)- por los pocos investigadores de nuestro país que han trabajado en esta problemática. En países vecinos como Brasil y Uruguay, en los que ha habido un importante desarrollo de investigaciones de arqueología histórica desde hace varios años, pueden encontrarse distintas posturas al respecto (ver Albuquerque 1996, Curbelo y Cabrera 1993, Curbelo 1996, Funari 1996, Fusco 1996, Kern 1993, entre otros). Los trabajos mencionados constituyen excelentes ejemplos de la integración de la información proveniente de los restos materiales y los documentos escritos.

Es interesante recalcar que desde la historia, autores como Mandrini, no solo han incorporado sistemáticamente los datos provenientes de la arqueología, sino que promueven la cooperación interdisciplinaria y resaltan «el valor de otras fuentes: la tradición oral, la información arqueológica o los datos etnográficos» (Mandrini 1992) y el potencial que tiene la incorporación de conceptos e instrumentos teóricos provenientes de la antropología para los historiadores. Adscribimos a esa postura (ver Mandrini 1992 y 1993, Mandrini y Orтели 1995).

VESTIGIOS MATERIALES Y DOCUMENTOS ESCRITOS: EL CASO DEL FORTÍN MIÑANA

El Fortín Miñana fue un asentamiento militar de campaña de la frontera de la zona de Azul durante la década de 1860. Es el caso típico de un emplazamiento de avanzada de la frontera del sur de la provincia de Buenos Aires. Su tamaño es pequeño, la superficie total de la estructura -corral de animales y lugar de habitación de la tropa- no llega a media hectárea. Según fuentes del Servicio Histórico del Ejército, tenía en 1861 una dotación de 21 hombres. Este sitio arqueológico está siendo investigado desde 1992 bajo la dirección de uno de los autores, habiéndose cumplido hasta el presente cuatro campañas de excavación y dos de recolección superficial de materiales por medio de transectas. Los objetivos arqueológicos principales refieren a aspectos relacionados con la dieta de la guarnición y el uso de instrumental de tradición aborígen por parte de la misma, además de la dinámica de uso del espacio interno (ver Gómez Romero y Ramos 1994, Ramos y Gómez Romero 1994, Gómez Romero 1995, 1996).

La existencia de la frontera del sur de la provincia de Buenos Aires responde, durante el siglo XIX, a una situación histórica compleja de imbricada interacción entre un estado nacional en expansión inserto en un sistema económico global que incluye la

existencia de un mercado internacional, y diversos grupos de indígenas fuertemente aculturizados. Durante el período bajo estudio, la interacción entre estas sociedades se desarrolló a partir de intereses económicos (principalmente comerciales) entre sectores sociales específicos y con distintos grados de intensidad, observable tanto en los documentos escritos como en el registro arqueológico. Con relación a este último, en el Fortín Miñana han aparecido testimonios valiosos de dicha complejidad: fragmentos de loza, de botellas de ginebra y cerveza europeas, de vidrios -algunos tallados-, instrumental lítico de gran similitud con el que era confeccionado por los indígenas tardíos de la región (bolas de boleadoras, raederas, lascas), etc. Estos materiales aparecen acotados estratigráficamente (en 12 cm de espesor se encuentra el 80% de los restos tridimensionados), dentro de una estructura construida hacia 1860 que no registra ocupaciones anteriores.

La mayoría de los aspectos que intenta abordar una investigación de arqueología histórica refieren al accionar de sociedades complejas o a situaciones que involucran relaciones de diversos tipos entre éstas y sociedades cazadoras-recolectoras, como consecuencia de las cuales, generalmente, éstas últimas alteraron rápidamente diversos aspectos de su economía, tecnología, pautas de asentamiento, vínculos sociales y sistemas de valores. La «cooperación» de los aborígenes con el gobierno, es una de las reacciones posibles por parte de los grupos indígenas ante la expansión de un estado nacional enumeradas por Ribeiro (1971), quien considera «la aceptación de la convivencia porque representa, efectivamente, una fatalidad inevitable». Adicionalmente, en el caso particular de las tribus pampas mencionadas dicha relación traía aparejadas algunas ventajas, ya que las mismas recibían de la sociedad criolla regalos y/o tributos en especie (para un estudio exhaustivo ver Ratto 1994).

Debemos mencionar la considerable cantidad de material lítico (desechos de talla e instrumentos, algunos de evidente calidad técnica) que aparecen en el Fortín Miñana. Un enfoque estrictamente arqueológico obligaría a plantear la asignación de este instrumental al personal militar (quizás como evidencia de transculturación, respuesta adaptativa al medio u otras causas) al menos hipotéticamente. En este caso, las fuentes históricas proporcionan explicaciones más precisas. Alfred Ébelot (ingeniero francés contratado por el gobierno para realizar diversas tareas constructivas en la frontera durante la década de 1870) consignó la existencia dentro de la dotación de los fortines de la frontera del Sud -entre los que se hallaba el fortín Miñana- de «indios amigos» de las tribus de Catriel y Cachul (Ébelot 1968, original de 1876). Adicionalmente, en los cuerpos de operaciones de esta frontera, se encontraba la «Compañía de Indios del Azul» compuesta por aborígenes de las denominadas «tribus amigas» (Documento del AGN de 1861). La inclusión de indios pampas en el ejército del Sud es mencionada por diversos

autores: entre otros Barros (1975), Rojas Lagarde (1984), Sarramone (1993), Walther (1964), etc. Otro dato escrito, proveniente de un documento hallado en el Archivo Histórico de Azul, que data de 1857 (citado en Luna 1996), afirma que «a causa de los efectos perniciosos que trae aparejado el uso del cuchillo por parte de los individuos de la tropa se prohíbe el uso y la portación del cuchillo en el interior de los fortines, salvo para aquellos encargados del carne diario. Las penas por no respetar esta orden. van desde los 200 hasta los 800 azotes, e incluso si se produce herida de muerte en una riña a cuchillo, el sobreviviente será inmediatamente pasado por las armas, delante de toda la guarnición» (este tipo de situaciones conflictivas y violentas entre los Guardias Nacionales, son un elemento reiterado en diversas fuentes escritas).

Consideramos que las citas anteriores constituyen elementos suficientes para explicar la existencia de instrumentos cortantes de piedra -raederas- y de vidrio en el registro arqueológico del Fortín Miñana. Creemos que es cometer un error desechar este tipo de explicaciones porque no son estrictamente arqueológicas. Con el ejemplo anterior queremos enfatizar el enorme potencial explicativo de la arqueología histórica, que puede utilizar en su *praxis* tanto el documento escrito como el registro arqueológico (aspecto imposible de considerar en la arqueología prehistórica), creemos que este ejemplo ayuda a vislumbrar lo pernicioso que es ignorar y despreciar una fuente de inmenso poder explicativo, como indudablemente lo es el dato escrito de la época. Además, resulta absurdo considerar que el registro arqueológico debe gozar de un «status» privilegiado respecto del documento escrito, cuando ambos son definitivamente complementarios.

La provista de ganado para alimentar a las tropas concentradas en las fronteras de la provincia de Buenos Aires, estaba a cargo de particulares que formalizaban contratos con el estado, en los cuales se especificaban no sólo la asidui 'ad sino también las características del envío; el proveedor que ganaba la licitación se comprometía a enviar ganado en pie -preferentemente vacuno- a la frontera que le hubiese tocado (los documentos originales están en el Servicio Histórico del Ejército). Pero, la cuestión fundamental al respecto es que la gran corrupción existente en fronteras como la del Sud (denunciada con lujo de detalles por quien fuera su jefe en la segunda mitad de la década de 1860, el Cnel. Álvaro Barros) hacía que las tropas de ganado no llegaran a los puestos de avanzada en las condiciones estipuladas, y que existieran disminuciones tanto en la cantidad como en la calidad de los lotes. Creemos que en el caso de emplazamientos militares marginales como el Fortín Miñana, con una dotación muy pequeña y ubicados en un lugar de avanzada, esa «desatención» adquiriría proporciones significativas, obligando a su guarnición a cazar animales autóctonos para sobrevivir. Lo antedicho se refleja en el registro arqueofaunístico del sitio, en el que están representadas diversas especies locales: mulitas, peludos, vizcachas, ñandúes, etc.

Entonces, en los aspectos vinculados con el aprovisionamiento, las fuentes escritas no muestran un panorama homogéneo: mientras que los datos «oficiales» indican que las fuerzas de frontera deberían estar bien provistas, hay datos «extraoficiales» que mencionan frecuentes irregularidades. Esta información generaría expectativas arqueológicas diferentes y en cierta forma contradictorias, que en el caso del Fortín Miñana fueron evaluadas mediante el accionar conjunto de ambas fuentes de información, considerando como definitorios los datos arqueofaunísticos. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que la documentación escrita que refiere a aspectos relativos a la dieta alimentaria resulta muy escasa y de carácter marcadamente general para el caso particular de los fortines -al menos para los de la frontera del Sud-, mientras que en otros contextos dicha documentación permite tener una visión muy completa de las especies consumidas (tanto animales como vegetales) y de las prácticas de preparación más habituales. Se han efectuado diversas investigaciones en contextos urbanos de la época (en Buenos Aires a mediados de siglo XIX) en las que se utilizó información proveniente de fuentes escritas en el análisis de los restos faunísticos (Silveira 1994 y 1996).

El último caso que citaremos aquí se refiere a la aparición de loza inglesa en el registro arqueológico del Fortín Miñana. Resulta bastante extraña la existencia de este tipo de material en un pequeño fortín marginal en la línea de frontera. Resulta desconcertante el uso de esta vajilla por los que conformaban el grueso de la tropa del fortín: Guardias Nacionales y presumiblemente algunos indios «amigos». Más lógico sería pensar que la misma era usada por el comandante de dicha estructura militar, aunque no deja de resultar sorprendente su utilización en un lugar de campaña de este tipo, con las características mencionadas. Si únicamente dispusiéramos del dato arqueológico -los fragmentos de loza- para intentar dilucidar por qué aparecen allí, esta sería una tarea muy difícil. Pero si relacionamos al sitio en cuestión con el momento histórico en el que funcionó, si lo ubicamos precisamente en las coordenadas socio-históricas en las que se sitúa, y si consideramos las características de ese contexto histórico particular, no será difícil encontrar una explicación a la loza recuperada. Durante gran parte del siglo XIX los productos manufacturados provenientes de Gran Bretaña invadieron el mundo, entre ellos encontramos principalmente tres tipos de loza identificados primeramente en nuestro país por Schávelzon (1988). Los fragmentos del Fortín Miñana corresponden al tipo «Pearlware», de coloración azul situada preferentemente en los bordes de las piezas (ver Majewski y O'Brien 1987, Miller 1991, Schávelzon 1991). Entonces, el problema de la aparición de loza inglesa se «reduce» al pleno funcionamiento de un mercado mundial basado en una lógica bastante simple de centro-periferia en el cual existían polos emisores y receptores de materias primas y productos manufacturados. Modelo que colocaba en un extremo a Inglaterra y en el otro a Argentina. Es nuevamente la información coyuntural recogida en documentos escritos lo que ilumina y permite entender el registro arqueológico.

Aquí entramos a vislumbrar las consideraciones realizadas por Deetz (1991) y por Orser (1996) respecto a la necesidad de que los arqueólogos históricos enfoquen sus análisis desde una perspectiva global, dado que abordan fenómenos sociales que sucedieron -y suceden- en un mundo cada vez más interrelacionado. En palabras de Deagan (1991) «the irreversibly global nature of World society after 1500»¹². Desconocer esta tendencia histórica mundial, puede ser un grave error a la hora de interpretar un yacimiento de arqueología histórica, ya que los ritmos y vaivenes de la misma repercuten en la región y en sitio que se este analizando y pueden tener -como hemos visto- su correlato directo en el registro arqueológico.

CONCLUSIONES

Consideramos que la emergente arqueología histórica argentina debe incorporar sistemática y metódicamente en su *praxis* las interacciones existentes entre los restos materiales y los documentos escritos y requiere un procesamiento interno que considere la utilización de metodologías tanto históricas como arqueológicas en su devenir científico. Si la arqueología histórica busca estudiar el comportamiento humano a través del análisis de los restos materiales, es arqueología y antropología. Y si la arqueología histórica busca conocer el pasado, es historia. La búsqueda de enunciados generales que permitan explicar el comportamiento humano por medio de la aplicación de procedimientos científicos, es un objetivo común a la arqueología, a la antropología y a la historia. Por lo tanto, la arqueología histórica no debe renunciar a utilizar herramientas metodológicas que están a su disposición para lograr un conocimiento más amplio, diversificado y confiable.

La documentación escrita de una época nos entrega una visión fundamental para entenderla. Los registros históricos constituyen intersticios a través de los cuales es posible avizorar el pasado. Considerar que no son relevantes en una investigación de arqueología histórica, es una aseveración que trae aparejada la esterilización *a priori* de un campo interdisciplinario que promete -al menos- ser lo suficientemente fértil como para tenerlo en cuenta. Lo antedicho afirma la necesidad de un trabajo conjunto entre la arqueología y la historia, considerando que la posibilidad del mismo no debe ser abortada desde el vamos.

AGRADECIMIENTOS

A los arqueólogos Luis Orquera y Gustavo Politis por la lectura crítica de este trabajo y por las valiosas sugerencias aportadas en la discusión del mismo. A la historiadora Celeste Mayor por habernos ayudado en la comprensión de las distintas corrientes dentro de la Historia, especialmente *Annales*. A todo el equipo de investigación del «Proyecto Fortín Miñana» por la reflexión constante sobre varios de los puntos considerados en este artículo. Finalmente, queremos agradecer a los revisores anónimos de *Arqueología* por las observaciones para mejorar la versión final del artículo. Todo lo expresado aquí es de nuestra entera responsabilidad.

NOTAS

¹ “Existe una opinión ampliamente sostenida en la antropología contemporánea según la cual hay dos, y sólo dos, tipos de estudios interpretativos sobre la cultura: el histórico y el científico. Los estudios históricos, según esta óptica, son aquellos que tratan con secuencias cronológicas de eventos únicos”

² “Los antropólogos, que presuntuosamente manifiestan su menosprecio a los historiadores, deben dejar de trabajar como historiadores y comenzar a hacerlo como científicos, para encontrar de esta forma la necesidad de enunciados generales válidos”

³ “Retardar la maduración teórica de la arqueología histórica”

⁴ “La separación estricta de la historia respecto de la prehistoria contrasta con las actitudes de muchos arqueólogos formados en Europa (c.f. Noël Hume 1969). Es probable que esto se deba, en parte, a que el desarrollo de la escritura fue más gradual y variable en el Viejo Mundo. Muchos arqueólogos europeos no utilizan un punto específico en el tiempo, y a veces ni siquiera la presencia de documentos escritos para diferenciar entre historia y prehistoria”

“Los problemas graves y las ventajas tácticas que surgen de la integración de la evidencia arqueológica y la histórica, no son ni mayores ni menores que los que emergen entre la evidencia arqueológica y la evidencia física, química, biológica y geográfica. En verdad, los trabajos en contextos que tienen el soporte de documentos escritos van a proveernos de experimentos cruciales en los cuales los datos puramente arqueológicos podrán ser controlados con datos documentales, teniendo en cuenta los sesgos inherentes a ambos”

“La pertinencia de la historia para la arqueología no es nada nuevo para los arqueólogos en Gran Bretaña y Europa, donde ambas tienen lazos disciplinarios de larga duración”

“Los Estados Unidos reforzaron su posición en el continente y jugaron un rol hegemónico luego de la Segunda Guerra Mundial. Esto se refleja, en cierta medida, por la fácil - y en ocasiones

acritica - adopción de teorías y métodos de los centros de poder durante ese momento. Los '70 y '80 fueron periodos de gran auge de las discusiones teóricas y metodológicas, tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido, sin embargo el debate británico tuvo menos influencia por tres motivos. En primer lugar, la discusión incluyó sólo unos pocos arqueólogos procesuales británicos (e.g.: D. Clarke (1968, 1972); C. Renfrew (1982)), y fue menos intensa en el Reino Unido durante los '70. Segundo, los ejemplos y casos de estudio británicos generalmente no eran aplicables en los contextos sudamericanos, mientras que los norteamericanos fueron más relevantes. Tercero, el Reino Unido tuvo poca influencia política y económica en América del Sur en este periodo"

- 8 "En el estudio de procesos socioculturales o político-económicos del pasado, es importante crear un diálogo entre la evidencia material y la escrita, ninguna de las cuales reemplaza lógicamente a la otra. En este sentido, las investigaciones con la orientación de Annales, han sido ejemplares en sus intentos de combinar enfoques teóricos, documentales y materiales sobre el pasado, en un único enfoque de ciencias humanas"
- 9 "La mayoría de los prehistoriadores se enfrentan a clases de fenómenos totalmente distintos respecto a los que abordan los arqueólogos históricos; en el nuevo mundo, el periodo histórico se presenta al investigador con un elaborado conjunto de culturas complejas preindustriales e industriales, con redes de intercambio, transporte y comunicación, en escala global. Ni siquiera las más grandes y complejas sociedades prehistóricas, podrían ser descritas en esos términos (...) Las dos disciplinas requieren, en su mayor parte, diferentes estrategias de investigación"
- 10 "La estructura de un fenómeno interpretada a través de la historia, no es necesariamente más válida que la estructura observada e interpretada por los arqueólogos"
- 11 "A menudo los documentos proveen los medios para que los arqueólogos testeen hipótesis derivadas de los datos excavados, y los datos de las excavaciones son el medio para que los historiadores testeen hipótesis derivadas de los documentos"
- 12 "El irreversible carácter global de la sociedad mundial con posterioridad a 1500"

BIBLIOGRAFÍA

ALBUQUERQUE, M.

- 1996 Assentamientos militares: una perspectiva de abordagem. *Historical Archaeology in Latin America* 14: 19-38.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN.

Consulta de documentos varios. Sección Comandancia de Fronteras. Sala X del Período Nacional Gobierno.

ARGELÉS, T., BONET, A., CLEMENTE, I., ESTÉVEZ, J., GIBAJA, J., LUMBRERAS, L., PIQUÉ, R., RIOS, M., TAULÉ, A., TERRADAS, X., VILA, A. y G. WÜNSCH.

- 1995 Teoría para una Praxis, Splendor Realitatis. *Actas dos Trabalhos de Antropologia y Etnologia XXXV* (1): 501-507.

BARROS, Á.

- 1957 *Fronteras y territorios federales de las pampas del sud*. Hachette, Buenos Aires. (Original de 1872)

- 1975 *Indios, Fronteras y seguridad interior*. Hachette, Buenos Aires. (Original de 1876)

BEAUDRY, M.

- 1988 Introduction. En *Documentary Archaeology in the New World*, editado por M.C. Beaudry, pp. 1-3. Cambridge University Press, Cambridge.

BINFORD, L.

- 1962a A new method of calculating dates from kaolin pipe stem fragments. *The Conference on Historic Site Archaeology Papers* 2: 117-126.

- 1962b Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28: 217-225.

- 1972a *An Archaeological Perspective*. Seminar Press. New York and London.

- 1972b Evolution and horizon revealed in ceramic analysis in historical archaeology—a step toward the development of archaeological science. *The Conference on Historic Site Archaeology Papers* 6: 117-126.

- 1983 Historical Archaeology: is Historical or Archaeological?. *Working at Archaeology*: 169-179. Academic Press, New York.
- 1989 The new archaeology then and now. En *Archaeological thought in America*, editado por Lamberg-Karlovsky, C.C., pp. 50-62. Cambridge University Press, Cambridge.
- BURKE, P.
- 1993 *La revolución historiográfica francesa, la escuela de los annales: 1929-1989*. Gedisa, Barcelona.
- CLARKE, D.
- 1973 Archaeology: the loss of innocence. *Antiquity* 47: 6-18.
- CLELAND, C y J. FITTING
- 1968 The crisis of identity: Theory in Historic Sites Archaeology. *The Conference on Historic Site Archaeology Papers* 2: 124-138.
- CHAMPION, T., C. GAMBLE, S. SHENNAN y A. WHITTLE
- 1988 *Prehistoria de Europa*. Crítica, Barcelona.
- CHARLTON, T. H.
- 1981 Archaeology, ethnohistory, and ethnology: interpretive interfaces. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 4, editado por M. Schiffer, pp. 129-175. Academic Press, San Diego.
- CURBELO, C.
- 1996 Una tentativa de análisis espacial en arqueología histórica: la bahía de Maldonado. *Historical Archaeology in Latin America* 16: 103-119.
- CURBELO, C. y L. CABRERA
- 1993 Arqueología histórica en Isla Gorriti. *Revista Patrimonio Cultural*. M.E.C. (2): 7-38.
- DEAGAN, K.
- 1982 Avenues of Inquiry in Historical Archaeology. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 2, editado por M. B. Schiffer, pp. 151-173. University of Arizona Press.

1991 Historical Archaeology's contributions to our understanding of early America. En *Historical Archaeology in Global Perspective*, editado por L. Falk. pp. 97-112. Smithsonian Institution Press, Whashington.

DEETZ, J.

1988 History and Archaeological theory: Walter Taylor revisited. *American Antiquity* 53 (1): 13-22.

1991 Archaeological evidence of sixteenth and seventeenth century encounters. En: *Historical Archaeology in Global Perspective*, editado por L. Falk, pp. 1-10. Smithsonian Institution Press, Washington.

EARLE, TyR. PREUCEL

1987 Processual archaeology and the radical critique. *Current Anthropology* 28: 501-538.

EBELOT, A.

1968 *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*. Hachette, Buenos Aires. (Original de 1876)

FAIRBANKS, CH.

1984 The plantation archaeology of the southeastern coast. *Historical Archaeology* 18: 1-14.

FEINMAN, G.

1997 Thoughts on New Approaches to Combining the Archaeological and Historical Records. *Journal of Archaeological Method and Theory* 4 (3-4): 367-377.

FERGUSON, L.

1977 Historical archaeology and the importance of material things. En: *Historical Archaeology and the importance of Material Things*. editado por L. Ferguson. pp. 5-8. Society of Historical Archaeology. Special Publication 2. Tucson.

FLANNERY, K.

1972 The cultural evolution of civilizations. *Annual Review of Ecology and Systematics* 3: 399-426.

FLETCHER, R.

1993 Time perspectivism. Annales, and the potential of archaeology. En:

Archaeology, Annals, and Ethnohistory, editado por B. Knapp, pp. 35-49. Cambridge University Press, Cambridge.

FUNARI, P. P.

1996 Arqueología e Historia, arqueología mundial y de América del Sur. Trabajo presentado en las II Jornadas de Etnolingüística, Rosario.

FUSCO ZAMBETOGLIRIS, N.

1996 Crónica de un impacto anunciado. *Historical Archaeology in Latin America* 16: 1-10.

GÓMEZ ROMERO, F.

1995 El caballo en la frontera del Sud (1855-1875). *Historical Archaeology in Latin America* 7: 62-92.

1996 Un piso de ocupación del Fortín Miñana. *Historical Archaeology in Latin America* 14: 137-142.

GÓMEZ ROMERO, F. y M. RAMOS

1994 Miñana's fortlet: historical archaeology research. *Historical Archaeology in Latin America* 2: 15-30.

GOÑI, R. y P. MADRID

1998 Arqueología sin hornear: sitios arqueológicos históricos y el Fuerte Blanca Grande. *Revista Intersecciones* 2: 69-83.

HODDER, I.

1991 Archaeological Theory in Contemporary European Societies: the Emergence of Competing Traditions. En *Archaeological Theory in Europe, the Last Three Decades*, editado por I. Hodder, pp. 1-24. Routledge, Londres.

KELLY, K.

1997 Using Historically Informed Archaeology: Seventeenth and Eighteenth Century Hueda/European Interaction on the Coast of Béning. *Journal of Archaeological Method and Theory* 4 (3-4): 353-366.

KERN, A. A.

1993 A arqueologia histórica e a sua contribuição à pesquisa de história do Brasil. *Sociedade Brasileira de Pesquisa Histórica (SBPH) Anais da XIII Reuniao*: 29-31.

KNAPP, B.

- 1993 Archaeology and Annales: time, space and change. En *Archaeology, Annals, and Ethnohistory*, editado por B. Knapp, pp. 1-22. Cambridge University Press, Cambridge.

LAMBERG-KARLOVSKY, C.C.

- 1989 Introduction. En *Archaeological Thought in America*, editado por C.C. Lamberg-Karlovsky, pp. 1-16. Cambridge University Press, Cambridge.

LIGHTFOOT, K.

- 1995 Culture Contact Studies: Redefining the Relationship between Prehistoric and Historical Archaeology. *American Antiquity* 60: 199-217.

LITTLE, B.

- 1994 People with History: An Update on Historical Archaeology in the United States. *Journal of Archaeological Method and Theory* 1 (1): 5-40.

LUNA, M.

- 1996 Delitos y delincuentes. Historia de ilícitos en el Azul del siglo XIX. Azul. Ms.

MAJEWSKI, T. y J. O' BRIEN

- 1987 The use and misuse of nineteenth-century english and american ceramics in archaeological analysis. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 11 editado por M.B. Schiffer, pp. 97- 209. University of Arizona Press, Tucson.

MANDRINI, R.

- 1992 Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX) balance y perspectivas *Anuario del IEHS* VII: 59-73.

- 1993 Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (c. 1600- 1820). En *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, compilado por R. Mandrini y O. Reguera. pp. 45-74. IEHS/ UNCPBA. Tandil.

MANDRINI, R. y S. ORTELLI

- 1995 Repensando viejos problemas: observaciones sobre la araucanización de las pampas. *Runa* XXII: 135-150.

MILLER, G.

- 1991 Classification and economic scaling of 19th century ceramics. En *Approaches to material culture research for historical archaeologists*, compilado por G.L. Miller, O. R. Jones, L.A. Ross, y T. Majewski, pp. 37-58. The Society for Historical Archaeology. Ann Arbor, Michigan.

NOBLE, V.

- 1996 Yesterday, Today and Tomorrow: A Plea for Change in the Practice of Historical Archaeology. *Historical Archaeology* 30 (2): 74-84.

NÖELHUME, I.

- 1964 Archaeology: Handmaiden to History. *North Carolina Historical Review* 41: 215-225.

ORSER, CH.

- 1990 Archaeological Approaches to New World Plantation Slavery. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 2, editado por M. B. Schiffer, pp. 111-154. University of Arizona Press, Tucson.

- 1996 *A Historical Archaeology in the modern world*. Plenum Press, New York.

OTTO, J.

- 1977 Artifacts and status differences- a comparison of ceramics from planter, overseer, and slave sites on an Antebellum Plantation. En *Research Strategies in Historical Archaeology*, editado por S. South, pp. 91-118. Academic Press, New York.

PATTERSON, T.

- 1990 Algunas tendencias teóricas de la posguerra en la arqueología estadounidense. *Boletín de Antropología Americana* 21: 5-23.

POLITIS, G.

- 1995 The socio-politics of the development of archaeology in hispanic South America. E. *Theory in archaeology: a world perspective*, editado por Peter J. Ucko, pp. 197- 228. Routledge. London and New York.

RATTO, S.

- 1994 Indios amigos e indios aliados. orígenes del «Negocio Pacifico» en la Provincia de Buenos Aires (1829-1832). *Cuadernos del Instituto Ravignani* 5. FFvL-UBA.

RAMOS, M. y F. GÓMEZ ROMERO

- 1994 El Fortín Miñana: una investigación de arqueología histórica, noticia preliminar. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, San Rafael, en prensa.

RIBEIRO, D.

- 1971 *Fronteras indígenas de la civilización*. Siglo Veintiuno, México.

ROJAS LAGARDE, J.

- 1984 *El malón de 1870 a Bahía Blanca y la colonia Sauce Grande*. Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires.

SARRAMONE, A.

- 1993 *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires*. Biblos, Azul. ¶

SCHÁVELZON, D.

- 1988 Tipología de la loza arqueológica de Buenos Aires (1780-1900). *Programa de Arqueología Urbana*, Facultad de Arquitectura y Urbanismo (UBA), Buenos Aires.

- 1991 *Arqueología Histórica de Buenos Aires, La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Corregidor, Buenos Aires.

SCHIFFER, M.

- 1972 Archaeological Context and Systemic Context. *American Antiquity* 37: 156-165.

- 1976 *Behavioral archaeology*. Academic Press, New York.

- 1987 *Formation processes of the archaeological record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

SCHUYLER, R.

- 1980 *Archeological perspectives on ethnicity in America*. Baywood Press. New York.

SENATORE, M.X.

- 1995 Tecnologías nativas y estrategias de ocupación española en la región del Río de la Plata. *Historical Archaeology in Latin America* 11: 11-120.

SERVICIO HISTÓRICO DEL EJÉRCITO

1852-70 Consulta de documentos varios.

SILVEIRA, M.

1994 Análisis de restos faunísticos en sitios históricos de la ciudad de Buenos Aires. *Historical Archaeology in Latin America* 7: 43-51.1996 Casa Peña: análisis de los restos óseos. *Historical Archaeology in Latin America* 14: 75-90.

SINGLETON, T.

1985 *The Archaeology of Slavery and Plantation Life*. Academic Press, New York.

SMITH, M.

1993 Braudel's temporal rhythms and chronology theory in archaeology. En *Archaeology, Annals, and Ethnohistory*, editado por B. Knapp, pp. 23-34. Cambridge University Press, Cambridge.

SMITH, S.

1991 A Comparison of the Documentary Evidence of Material Culture and the Archaeological Record: Store ledgers and two black tenant sites, Waverly Plantation Mississippi. En *Volumes in Historical Archaeology XII*, editado por S. South. University of South Carolina, Columbia.

SOUTH, S. (editor)

1977a *Method and Theory in Historical Archaeology*. Academic Press, New York.1977b *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press., New York.

SOUTH, S.

1978 Pattern Recognition in Historical Archaeology. *American Antiquity* 43 (2): 223-230.1979 Historic Site content, structure and function. *American Antiquity* 44 (2): 213-237.1994 *Pioneers in historical archaeology: Breaking a new ground*. Plenum Press, New York.

STONE, G.

1988 Artifacts are not enough. En *Documentary Archaeology in the New World*, editado por M. C. Beaudry, pp. 68-77. Cambridge University Press, Cambridge.

STONE, L. M.

- 1974 *Fort Michilimackinac 1715- 1781, an archaeological perspective on the revolutionary frontier*. Publications of the Museum, Michigan State University, Michigan.

THURSTONE, T.

- 1997 Historians, Prehistorians, and the Tyranny of the Historical Record: Danish State Formation through Documents and Archaeological Data. *Journal of Archaeological Method and Theory* 4 (3-4): 239-263.

TRIGGER, B.

- 1982 La Arqueología como Ciencia Histórica. En *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*. Reimpresión de *Antropología Americana*, pp. 231-265. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México. r

- 1989 Historia y Arqueología norteamericana contemporánea: un análisis crítico. En *Archaeological thought in America*, editado por .C.C. Lamberg- Karlovsky, pp. 19-34. Cambridge University Press, Cambridge. (Traducción de Luis Orquera).

- 1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Critica, Barcelona.

VARGASARENAS, I.

- 1995 *Arqueología, Ciencia y Sociedad; ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*. ABRE BRECHAS, Caracas.

WALTHER, J. C.

- 1964 *La conquista del desierto*. EUDEBA. Buenos Aires.

WALKER, I.

- 1972 Binford, science, and history: the probabilistic variability of explicated epistemology and nomothetic paradigms in historical archaeology. *The Conference on Historic Site Archaeology: Papers* 7: 159-201.

ZARANKIN, A.

- 1994 Arqueología Urbana: hacia el desarrollo de una nueva especialidad. *Historical Archaeology in Latin America* 2: 31-40.